

» creo que una señora llamada Teresa, muy poco filósofo
 » fa, habia prohibido á su hijo que viese al patriarca de
 » la tolerancia. » Esta reflexion, si acaso no era verdadera,
 » era consoladora al menos para la filosofia. D'Alembert la adoptó inmediatamente en su respuesta de 22 de setiembre¹. « Me ha sorprendido, dice, tanto como á V. M., el poco deseo que el conde de Falckens-
 » tein ha mostrado de ver al patriarca de Ferney; y no
 » dudó que V. M. ha adivinado la causa de esta indiferen-
 » cia aparente, ya que por honor del principe no la quiere
 » ro creer verdadera. Estamos persuadidos de que su
 » hermana no le hubiera dado tal consejo, pues se ase-
 » gura que profesa grande estimacion al patriarca, y que
 » lo ha asegurado y dicho así en repetidas ocasiones². »
 En fin, quedó persuadido que José II³ no era soberano que arreglase sus operaciones por los principios de los incrédulos: él no era incrédulo ni libertino, y la filosofia debió contentarse con encontrar en él uno de aquellos principes que se *imaginan obrar como politicos, y obran como filósofos, y sin conocerlo, atacan los cimientos del edificio de la Religión; son amigos de los filósofos, y promovedores de todos los libros de los incrédulos*, que adelantan en su camino *sin saber el término* á que les conducirán sus primeros pasos. Cómo haya esto sucedido, es lo que nos

juicio, de que no puede negarse que estuvo abundantemente adornado. *La conversacion y la lectura de las obras de Voltaire*, dice el abate Denina en su Memoria, *Ensayo sobre la vida y reinado de Federico*, fueron sobre todo las que le infandieron una inclinacion invencible á satirizar el cristianismo y sus dogmas.

1 T. 15, p. 56.

2 Parece que á esta buena opinion de la reina de Francia por Voltaire, aludiese tambien el rey de Prusia en la carta que á 22 de febrero de 1775 escribió á M. d'Alembert, en la cual le dice (t. 11, p. 207): « Todas las cartas de Paris me anuncian que veréis cuanto antes á Voltaire: que la reina lo quiere ver, y que la nacion debe recompensarle del honor que él le ha dado. » Y en otra escrita en 26 del siguiente marzo al mismo M. Voltaire (t. 9 p. 276): « Las buenas intenciones de la reina de Francia forman, por sí mismas, su elogio. Es de apreciar que una jóven princesa piense en reparar los errores de una nacion cuyo trono ocupa, y sobre todo que haga justicia á un mérito brillante..... »

3 T. 11, p. 321.

resta ver en el extracto de las *obras del rey de Prusia*, que nos hemos propuesto.

XII.

El 11 de mayo de 1781, escribiendo d'Alembert al rey su corresponsal sobre el emperador, le habla en estos términos¹: « Parece que el actual emperador se muestra poco inclinado al clero, á los frailes y al Papa. Es de esperar que esta primera hostilidad imperial tendrá las mas serias consecuencias. Así sea. » Aquí se vé bien claro el término á que se dirigen los votos de nuestros libres pensadores. El rey de Prusia le respondió con sus acostumbradas sales áticas, llenas de impiedad, pero que dejan ver que no habia perdido la esperanza de que la casa de Austria llegase á verificar su antiguo sueño². « Yo tengo para mí, dice en fecha de 27 del mismo mes, que el César José II tiene, como vos pensais, algunas diferencias con el santo Padre, y esto con motivo de una misa por María Teresa. De cualquier modo me atrevo á asegurar que se reconciliarán á la muerte del duque de Módena, y que el vicario de Jesucristo cederá el Ferrarés á los descendientes de los Loreno-Austriacos. Esta cesion del Ferrarés valdrá al menos tanto como una misa, y el alma de María Teresa, al recibir tal sufragio, saldrá al momento del purgatorio, y se lanzará en el paraiso. »

D'Alembert prosigue triunfando sobre la conducta del emperador, en otra carta de 29 de junio, en la cual demuestra cierta parcialidad de los incrédulos hácia los Judíos, de la que nos pudiéramos sorprender, si no supiésemos que ellos son discípulos³ de Juliano⁴. « El Cé-

1 T. 15, p. 176. — 2 T. 15, p. 301. — 3 T. 15, p. 179.

4 El emperador Juliano, habiéndose declarado el protector y restaurador de la Religión hebrea, concibió el proyecto de reedificar el templo de Jerusalem. *Su principal designio era*, dice Bercastel, *Histoire de l'Eglise*, t. 3, p. 248, *desmentir las profecias, así la de Daniel, que anunciaba la ruina del templo como irreparable, como la del Salvador, que dice expresamente que no quedará piedra sobre piedra*. « Esta feliz nueva de que el emperador queria reedificar el templo, prosigue M. le Beau (*Hist. du Bas*

» sar José, escribe, como V. M. lo llama, está actualmen-
 » te, segun se dice, de incógnito en Versalles, ó debe lle-
 » gar en breve sin dejarse ver en París.... Si se ha de
 » juzgar por las noticias públicas, parece que este prin-
 » cipe trata un poco mal al santo Padre, y á su librea
 » tanto monástica como secular. Segun se dice, llega has-
 » ta autorizar la libertad de conciencia; y á querer con-
 » ceder el carácter de ciudadanos á los Judíos, lo cual sus
 » augustos predecesores lo hubieran mirado como el
 » mayor de los delitos¹. A V. M., señor, es á quien la

» *Empire*, l. 13), se esparció en un momento por todos los países
 » vecinos. De todas partes concurren Judíos... creyendo cada
 » cual de ellos santificarse, contribuyendo á esta empresa piadosa.
 » Entretanto Cirilo, obispo de Jerusalem, mejor instruido que los
 » Judíos en el sentido de sus profecías, se reía de sus esfuerzos. De-
 » cia claramente que habia llegado el tiempo en que el oráculo del
 » Salvador del mundo se *veria cumplido á la letra; que de aquel*
 » *vasto edificio no quedaria piedra sobre piedra; con efecto, la*
 » *cosa sucedió como Cirilo la habia predicho. Destruyóse por los*
 » *operarios todo lo que restaba aun del antiguo templo, de modo que*
 » *no quedó una piedra sobre otra; pero cuando se trato de comenzar*
 » *á construir el nuevo, terribles globos de fuego que salian sin*
 » *interrupcion de los cimientos, hicieron este lugar inaccesible á*
 » *los operarios: algunos de ellos fueron abrasados, y la obstina-*
 » *cion de la llama en consumir todo lo que se le acercaba obli-*
 » *gó á los demás á desistir de la empresa.*» Esta relacion está
 tomada del cap. 1, lib. 23 de Ammiano Marcelino, escritor pagano.
 Filostrato, l. 7, p. 14, dice lo mismo: san Gregorio Nacianceno y
 san Juan Crisóstomo, autores contemporáneos, refieren este milagro
 como una cosa indudable. Véase la demostracion mas palmaria en
 el Warburton, protestante inglés, en su disertacion traducida al
 francés, impresa en Paris, año de 1764.

1 Hemos visto en la nota precedente cómo Juliano, llevado de
 odio contra la Religion cristiana, formó el imprudente designio de
 reedificar el templo de Jerusalem, para desmentir las predicciones de
 su total y permanente ruina. Parece que la parcialidad de los mo-
 dernos incrédulos, por los Judíos, no tenga diverso origen de la de
 Juliano, y por su parte á la verdad no se ha omitido el mismo in-
 tento de reedificar á su imitacion el templo; pero Dios ha confundido
 su soberbia, helando el corazon de aquel mismo rey filósofo,
 que justamente presumían que habia de contribuir con mas calor
 que otro alguno á su fácil y pronta ejecucion. Uno de los primeros
 quienes ocurrió tan extravagante pensamiento, parece que fué á
 d'Alembert, ó á lo menos él fué uno de los primeros que se atrevió

» humanidad y la filosofia deben dar gracias por todo lo
 » que hacen y harán en adelante los soberanos en favor
 » de la *tolerancia*, y para reprimir la *supersticion*. V. M.
 » es el primero que ha dado este grande ejemplo, tan
 » bello y tan fácil de ser imitado, y que, no obstante, ha
 » sido imitado aun de muy pocos.»

En su respuesta de 14 de julio, vuelve el rey de Prusia
 á su primer proyecto. El desconcierto de la hacienda
 pública es lo que le hace esperar verlo realizado. El cle-
 ro, á consecuencia de esto, deberá ser despojado de to-

á proponerlo al gran Federico, el cual entonces trataba de hacer la
 paz entre la Moscovia y la Puerta Otomana. « Como no dudo, dice
 » en una carta de 1º de junio de 1772 á aquel rey, que V. M. ha te-
 » nido una grande influencia (t. 14, p. 180), en el tratado entre la
 » Puerta y la Rusia, me tomo la libertad de recomendarle sobre
 » todo una cosa que tengo continuamente sobre el corazon, y es
 » *obtener del Sultan Mustafá la reedificacion del templo de Je-*
 » *rusalen*, para dar algun embarazo á la Sorbona, y un poco de
 » diversion á la filosofia. » Federico respondió: *Que despues de los*
 » *grandes gastos* (t. 11, p. 150) *hechos con ocasion de la guerra,*
 » *Mustafá no tenia suficiente dinero para encargarse de esta obra, y*
 » *que los Judíos de Constantinopla no eran tan ricos que pudieran*
 » *emprenderla por sí; y añade: « Convendría para salir con esto,*
 » *que los enciclopedistas hiciesen una cuesta por todo el universo,*
 » *y pusieran cierta tasa á todos los libres pensadores, y con este*
 » *dinero nosotros emprenderiamos la construccion de este edificio.* »
 D'Alembert no quedó muy satisfecho con esta respuesta, y le con-
 testó en otra de 14 de agosto (t. 14, p. 183): Deseaba con el mayor
 » interés que S. M. hiciese al Gran Señor una lijera insinuacion al
 » menos sobre este templo. Esta reedificacion, Señor, es mi mania,
 » le dice, *como la destruccion de la Religion cristiana es la del*
 » *Patriarca de Ferney.* » El rey contestó que la dificultad (t. 11,
 p. 153, 159, 162), que se encontraba en concluir la paz, no daba
 lugar á insertar el artículo de la *reedificacion del templo*, y que
 este punto podria ser objeto de una negociacion particular (t. 14,
 p. 168, 193). D'Alembert y los enciclopedistas comprendieron la
 fuerza de esta respuesta, y hubieron de deponer el pensamiento de
 ver reedificado el templo. Seria muy difícil de persuadirse que ellos
 hubieran estado seriamente en este pensamiento, si sus mismas
 cartas no nos diesen testimonio de ello. * Lo que no lograron de
 Federico, lo consiguieron del Directorio y de Bonaparte; pero Dios,
 que confundió á Juliano, lo hizo tambien con el Juliano de nuestros
 dias.

das sus riquezas, y la guerra misma, tan reprobada siempre por los filósofos, si puede contribuir á la mas fácil ejecucion de sus designios, es en esta ocasion un objeto apetecible y de complacencia¹. « El César José..... hace » temblar á todos los frailes y á todos los ricos abades » de sus Estados. Se tiene por cierto que aborrece los » perjuros, y que reducirá á estos señores á observar » estrechamente el voto de pobreza que tienen hecho². » ¿Lo vereis vos? Estos son bienes que produce la guerra en la cristiandad. Esta guerra tiene inmensas sumas » de costo; los príncipes recurren á empréstitos; á cada » nueva guerra, nuevas deudas; es preciso pagarlas; los » arbitrios faltan; ¿qué se ha de hacer? No resta sino » despojar al clero de sus riquezas, y la necesidad obliga » á los monarcas á tomar este expediente, único que les » queda. Si nuestro Calvino fuese testigo de estos sucesos, hé aquí lo que diria: Hermanos míos, admirad los » caminos impenetrables de la Providencia. El Ser de seres que aborrece la horrible y sacrilega supersticion, » en la que se encuentra envuelta la Iglesia, no se sirve » ya de la voz de los sabios para hacer triunfar la verdad, ni se digna obrar milagros para contener un error tan radicado. ¿De quién se vale, pues, para destruir » los frailes, y hacer que desaparezcan de la tierra estos » viles é impuros órganos del fanatismo? De los reyes, » hermanos míos..... ¿Y cómo el gran *Demiurgos*³ trajo » á estos á sus fines? Por medio del interés; ¡oh mis

1 T. 9, p. 309.

2 Expresiones favoritas de los filósofos contra el clero. ¿Se dice contraria al espíritu de los primeros siglos y á los ejemplos de los apóstoles su riqueza? ¿Se desea resucitar aquellos tiempos evangélicos en que la pobreza era la propiedad de los discípulos de Jesucristo? Y al mismo tiempo, ¿no clama la filosofía que las manos muertas, ó pobres de profesion que se mantienen de las limosnas, son zánganos? ¿Qué se quiere pues? Que ni sean muertas ni vivas; ni ricos, ni pobres; ni administren, ni posean; que no existan, en breves palabras. Y los que quieren resucitar la pobreza apostólica, ¿están prontos á resucitar en sí la renuncia cristiana de aquellos tiempos? ¿Qué inconsecuente es el furor de una pasión!

3 *Demiurgos*: así se llamaba el supremo magistrado de alguna ciudad de la Grecia; y por esto los filósofos llaman á Dios gran *Demiurgos* del mundo.

» hermanos! ¡Interés infame! por está vez al menos se- » rás útil al mundo, excitando las pasiones de estos semi- » dioses del siglo á saquear los bienes de los eclesiásticos: tú los armas de la espada destructora, con la cual » han de acabar con esta casta corrompida. » Un espíritu verdaderamente cristiano, seducido por los anti-eclesiásticos; cuánta luz podria sacar de este hipotético discurso de Calvino! La siguiente respuesta de d'Alembert al rey de Prusia prueba lo que tantas veces se ha notado antes, que las disposiciones de la Francia no eran en aquellos dias favorables á la incredulidad, únicamente porque el clero estaba de centinela á la defensa de la Religion¹. « No sé, dice en ella, por qué camino quiera el César José » llegar á la gloria, á esta gloria tan vana y tan deseada, » mas yo creo que lo hará mas fácilmente apoderándose » de los bienes del clero, que apoderándose de la Baviera. V. M. tiene razon: entre todos los azotes que la » guerra lleva consigo, al fin producirá este bien tan » deseado, porque los príncipes harán pagar sus deudas » á los clérigos y á los frailes². La Francia, que escribe

1 T. 15, p. 182.

2 El hacer pagar las deudas de la nacion al clero secular y regular, quitándole al efecto sus fundos y rentas, ¿se podrá llamar un bien, y un bien apetecible para el pueblo y para el Estado? Muchas veces se ha sostenido la negativa, y ahora se nos permitirá suplicar á nuestros lectores lean sobre este propósito una juiciosa obrita francesa, traducida é impresa en Venecia, cuyo título es: *Viste politiche di un solitario*, etc. El extracto que se encuentra en el *Diario de Roma*, nos dará alguna idea de ella. « Los bienes » de la Iglesia, así dice el autor, son infinitamente mas útiles á la » multitud de ciudadanos, que las propiedades de los seculares; » son mas movibles, y hacen sucesivamente la felicidad de una » multitud innumerable de familias pobres de todas clases: son » semejantes á las aguas de un rio que, divididas en otros muchos » arroyuelos, fertilizan el terreno mas ingrato, y esparecen por todas » partes los socorros y consuelos; pues que estos recursos universales que suministran, no pudieran en muchos casos suministrarse » por el tesoro público, y mucho menos aun por la liberalidad » incierta y tardía de un corto número de personas ricas é insaciables, las cuales se apropian y tienen fuertemente entre sus manos » la fortuna pública: seria cosa fatal para la nacion que los bienes » de la Iglesia viniesen á ser presa de estos hombres ambiciosos, é

» tanto sobre todos estos hermosos asuntos, pero que
» obra tan poco, será, según yo creo, la última en hacer

» hiciesen un día sentir á los Franceses la amargura de no tener ya
» este último recurso, por el cual en tres memorables épocas se ha
» salvado el soberano y la patria. Si es pues cierto, como antes se
» ha demostrado, que los monasterios útilmente dividen los bienes
» eclesiásticos; si es cierto que reaniman los campos y los pueblos,
» derramando en ellos el dinero que sustraen al lujo de las ciuda-
» des, y lo hacen circular entre las manos de los trabajadores; si es
» verdad que con el socorro y con el trabajo que suministran á los
» jornaleros, dan ocasion á una poblacion mas numerosa; si es ver-
» dad que retirándose á los claustros dejan á sus hermanos los me-
» dios para poderse casar, y de este modo favorecen la propagacion
» de las familias; si es verdad, por último, que los monasterios son
» en la superficie del reino unos pequeños asilos, establecidos en
» una ó en otra parte para llamar á los pueblos á la unidad de la
» Religion, es indudable que cualquiera ciudadano que considere
» atentamente estas ventajas, depóndrá sus antiguas preocupacio-
» nes; y si se le preguntase, qué es mas útil políticamente, des-
» truirlos ó conservarlos, responderá, que en los pueblos salvajes se
» corta el árbol para recoger sus frutos; pero en las naciones civi-
» lizadas los que cuidan las abejas dividen entre sí los panales y
» conservan las colmenas.»

En Francia sabemos cómo la astuta filosofía fué minando para hacerse lugar y conseguir sus proyectos. Despojar al clero de sus bienes por un acto violento de despotismo, hubiera sido operacion muy arriesgada, para que se determinasen á ella los filósofos pusilánimes. Tratóse, pues, y se consiguió en la asamblea, la abolicion de los diezmos, con el efugio de no querer quitar nada al clero, sino solo fijar un sistema económico de administracion, puesto que á la par se trataba de concederle una *substitucion* proporcionada á las décimas suprimidas. Los efectos nos dan á conocer bien las intenciones de aquellos ministros de la impiedad, encubiertas y disimuladas en un tiempo en que temian, y descubiertas despues, cuando creyeron poder celebrar su triunfo. De todo ello no percibió el pueblo otra cosa mas que el agravio que le hicieron, engañándole los que le precipitaron en un abismo de males en pago de su dócil confianza. Entre los que conocieron en un principio la trama de semejante propuesta, se distinguieron los obispos de Clermont y de Uzès, el arzobispo de Aix y el abate de Montesquion, cuyas protestas fueron sin embargo despreciadas. Sus discursos son dignos de leerse; pero por cuanto en una disertacion del abate Maury se ven refundidas todas sus reflexiones, y tocadas con el mejor tino, crítica y solidez las cuestiones que ocurren y pueden ocurrir sobre la legitimidad

» justicia; porque hay aun mucho número de eclesiásticos en Versalles; sin embargo, al fin ella lo hará, aun que no sea mas que por no sufrir la vergüenza de que- darse sola sin hacer lo que es razonable.» ¿Qué complacencia para este héroe de la incredulidad si hubiese alcanzado la revolucion? Hubiera visto á la Francia anticiparse á todas las naciones de la Europa en la *suma gloria de hacer pagar á los clérigos y frailes* las deudas del Estado. Pero entonces esta *casta sacerdotal, con vergüenza de la Francia, conservaba demasiado crédito* para concebir tan lisonjera esperanza.

XIII.

D'Alembert, en 10 de setiembre de este mismo año, hizo una pregunta al rey de Prusia, que merece recordarse en este lugar, igualmente que su respuesta. Los incrédulos, siempre en esto consiguientes á sí mismos, no suspiran por otra cosa que por la destruccion de la Religion, ni toman otro camino mas expedito para ello que la supresion de los regulares, el empobrecimiento del clero, y el abatimiento de la Silla de Roma: y José II parece ser siempre un instrumento de quien se valia su buena fortuna (bien que contra sus buenas intenciones) para conseguir un intento tan laudable. Hé aquí la pregunta del filósofo de París¹. «Desearia saber lo que
» piensa V. M. acerca de la carta que se dice haber es- crito José II al santísimo Padre Pio VI, para pedirle
» con toda humildad que *fije de una vez para siempre*
» los límites *de las dos potestades, de manera que no se*
» vuelva á hablar jamás de este asunto. Esto se llama, se- gun dice el refran, echar el muerto á casa del vecino.
» Estoy con cuidado por S. S., porque parece que este
» José toma las cosas con bastante calor, y no de burla.» A lo cual responde así el filósofo de Berlin²: «Mucho

de las rentas y bienes eclesiásticos, remitimos á ella nuestros lectores. En un pequeño folleto con el título: *L'Opinion de M. l'abbé Maury sur la propriété des biens ecclésiastiques, prononcée dans l'Assemblée nationale le mardi 13 octobre 1789* (M. y T).

1 T. 15, p. 188. — 2 T. 11, p. 317.

» habria deseado que la filosofía y la razon hubiesen destruido la *superstición* y el *fanatismo*; pero me parece que las cosas toman otro aspecto; y si el edificio monstruoso del error se arruina, no se debe sino al decaimiento de los imperios, lo cual da lugar á sistemas de rentas mas refinados y mas perfectos. Sé que hace ya algunos años que el príncipe de Kaunitz estaba ocupado en tirar una línea de demarcacion, para fijar los límites del poder espiritual del vicario de Jesucristo, en provecho de la autoridad temporal de sus soberanos. Y tal vez á fin de llevar al cabo este proyecto, el César José haya entrado en esta negociacion con la santa Sede. La cátedra de san Pedro ha estado fundada sobre el crédito ideal del banco del Vaticano: las letras de cambio pagaderas en el otro mundo, ya pierden su valor en este: el crédito decae, y aunque tales síntomas no anuncian una quiebra general, sin embargo encaminan imperceptiblemente al público hácia ella ¹.

¹ Quitar al pueblo fiel la veneracion para con la Sede apostólica, y hacerle perder la Religion, es á juicio de los incrédulos una misma cosa. Los hemos oído muchas veces en este opúsculo pronunciar una verdad que aqui repiten en los términos mas precisos. La experiencia de todos los siglos y de todas las naciones confirma esta asercion, y la Francia nos da hoy de ella una demostracion palmaria. Una secta, cuyos irreligiosos designios han descubierto en el dia los acontecimientos á los ojos mas destumbrados, está trabajando dos siglos ha en el descrédito y abatimiento de la santa Sede: no hay armas de que no haya hecho uso para este fin: la sátira, la calumnia, el ridiculo, la falsedad, la hipocresia, el fingimiento, el celo aparente por los derechos de los obispos y de los ministros inferiores, el interés imaginario por los de los príncipes, el interés mal entendido de la Iglesia, todo se ha puesto en accion para engañar á los primeros pastores é inducirlos á separarse de la unidad de su cabeza, para mover la ambicion del clero inferior, para subvertir la jerarquía, para alarmar la soberania de los príncipes y encender la tea de la discordia entre las dos potestades; para seducir á los pueblos, y hacerlos indóciles y sordos á las lecciones del supremo Pastor. Realizada la empresa en el reino de Francia, la *anunciada quiebra* de la fe está tan próxima á verificarse, que se ha preguntado en la asamblea general de la nacion, si la Religion católica debe ser declarada la dominante. Las otras naciones que han abierto la puerta

» En muchas partes se disminuye el número de los frailes? estos órganos de la *superstición* van á quedar paralíticos: el esguizaro del paraíso quedará reducido á no ser mas que obispo de Roma. Pero nosotros no veremos estos bellos dias. » Nuestro profeta ha dicho en esto verdad. No alcanzó *días* tan *bellos*, y nosotros profetizamos aun, seguros de no ser jamás desmentidos; que cualquiera que se lisonjee de sobrevivir á ellos, morirá tambien antes. El Papa será siempre, no solo *obispo de Roma*, sino la *cabeza de la Iglesia universal*. Tenemos la garantía de Jesucristo. Es sabido que d'Alembert no lo creía. No es, pues, de maravillar que se lisonjease de ver al menos la aurora de dias tan felices. Hé aquí lo que en fecha de 26 de octubre siguiente escribió al rey de Prusia.

« Me congratulo anticipadamente con la filosofía ¹, y juntamente con V. M., por los bellos dias que verá brillar, acaso cuando yo ya no exista; mas de los cuales sin embargo no desespero de ver con V. M., al menos la aurora; ¡ con tanto calor arrea el César los caballos ó los jumentos.... » ¡Qué llenos de urbanidad y decencia están siempre estos señores cuando hablan de estos asuntos ²! ¿No merecen ciertamente que se les considere como la luz del mundo...? « O los jumentos que tiran del coche pontificio, cuyo carro mal uncido amenaza romperse muy pronto. Dicese que la santa Sede comienza á estar inquieta, y á ver que el negocio es muy

á esta secta anticristiana, y le han concedido hospitalidad, teman que obrando ella por los mismos medios, no las conduzca á los mismos fines. No tememos que la *Religion católica*, hablando en general, falte, ni que la *Cátedra de san Pedro* deje de ser la *Cátedra de la verdad*, y la *Iglesia romana la madre y maestra de todas las Iglesias*; pero tememos, si, que el reino de Dios sea quitado á los que le poseen, y trasladado á otras naciones y pueblos que den mas frutos de Santidad. Auferetur á vobis regnum Dei, et dabitur genti facienti fructus ejus (*Matth.*, xxi, 43).

¹ T. 15, p. 192.

² La falta de urbanidad, decoro y circunspeccion, no se nota menos en los demás filósofos que en los escritos de d'Alembert. Jamás pueden hablar sin desvergüenza: jamás toman la pluma sin mojarla antes en la hiel de los dieterios. ¡Qué irracional es su presunta filosofía! (*M. y T.*).

» serio. Digámoslo de nuevo : á V. M. herética son deudas la Alemania y los otros pueblos de esta obligación, por el ejemplo que ha dado á los príncipes católicos, y á los otros, de la tolerancia, y juntamente del desprecio de todas las supersticiones humanas. » El rey de Prusia halló poco fundadas las esperanzas de d'Alembert, y muy precipitados sus juicios; y por esto en fecha de 10 de noviembre le respondió en los términos siguientes ¹ : « Veo que os precipitais presagiando tan brevemente la ruina de la superstición : yo no la creo tan próxima. Si José, el Apostólico ², humilla á la prostituta de Babilonia, por usar del estilo elegante de Jurieu, no penseis que la filosofía tenga en ella alguna parte : mirad, sí, este paso como una preparación para despojar de Ferrara al santo Padre. *Se trae al clero de la dependencia de Roma, á fin de que él no alarme al pueblo contra el César que despoja al santo Padre.* El obispo de Viena se verá obligado á cantar un *Te Deum*, en tanto que se arroja de Ferrara á su jefe espiritual. La ambición y la política de los monarcas humillarán á la santa Sede en todo lo que sea contrario á sus intereses; pero la estupidez, la credulidad y la superstición de los pueblos sostendrá aun por muchos siglos la extravagancia de las fábulas acreditadas..... Sin embargo, es posible y aun verosímil, que se disminuya mucho el número de los cenobitas, que son los órganos y trompetas del fanatismo; y que poniendo á los obispos bajo un pie de pequeñez, pierdan las ventajas del falso celo, y vengan á ser tolerantes, no teniendo ya nada que ganar con sus persecuciones. » Ved aquí hasta donde llega mi cálculo. »

Ya lo hemos observado. La disminución, el abatimiento y el empobrecimiento de los obispos ha sido siempre uno de los objetos de mas interés para los incrédulos, y del cual esperaban sacar mas partido para el progreso de la incredulidad; pero el medio que creían

¹ T. 11, p. 321.

² Este es el dictado de los emperadores, como el de Católico en los reyes de España, *Fidelísimo* en los de Portugal, etc. Por esto usa de él Federico, como mofándose.

indispensable para conseguirlo, es la destrucción total, ó á lo menos la disminución de los regulares. Se ha visto despues que se podian cortar de un solo golpe ambas cabezas; pero entonces no tenia aún la filosofía fuerzas suficientes para ejecutarlo. Y hé aquí una nueva prueba en carta de 13 de agosto de 1775 escrita á d'Alembert por el rey de Prusia ¹ : « Lo que decís, le escribe, de nuestros obispos teutónicos, es la pura verdad. Ellos se engordan con los diezmos de Sion. Pero sabed, que en el *santo romano imperio* los antiguos usos, la bula de oro, y otras mil viejas necedades, hacen respetables los abusos establecidos : se ven, se encogen de hombros las gentes, y las cosas continúan bajo el mismo pie. *Cuando se quiera destruir el fanatismo, no viene tocar á los obispos; pero si se llega á disminuir los frailes, y sobre todo las órdenes mendicantes, el pueblo se resfriará, y menos supersticioso, dejará á los potentados conducir á los obispos á lo que sea conveniente al Estado : este es el verdadero modo de combatir : minar sordamente ² y sin ruido el edificio de la irracionalidad, y en disposición de que por sí mismo se arruine. El Papa, atendida la situación en que se encuentra, se ve precisado á dar cuantos breves y bulas le quieran exigir sus caros hijos. Este poder fundado sobre el crédito de la fe, se pierde á proporcion que aquella se disminuye. Cuando se encuentren á la frente de los negocios en las naciones algunos ministros, superiores á las preocupaciones del vulgo, el padre santo hará *bancarrota*. Ya sus letras de cambio y sus billetes á la vista han perdido la mitad del valor; y la posteridad gozará sin duda de la ventaja de poder pensar libremente ³. »*

¹ T. 9, p. 286.

² Luego toda prevención, por nimia que parezca, es corta aun, para estar á cubierto de los tiros de unos enemigos que jamás presentan el cuerpo, y hacen la guerra minando, segun el mismo testimonio de sus palabras. Y descubiertos ya sus misterios, ¿qué se juzgará de los que llaman fanáticos, á los que avisados por un ruido subterráneo ó algun otro indicio, se alarman cual conviene, no á las señales, sino al peligro que en su vista se recela? (*M. y Teran*).

³ Dejamos las aplicaciones del argumento de esta obra al talento

Analicemos un tanto este plan del rey filósofo. Se trata de derribar el *edificio de la irracionalidad*: ya se sabe la fuerza y el valor de estas palabras. *La irracionalidad* significa aquí la *Religion*. Ahora bien; *se mina sordamente este edificio, á fin de que caiga por sí mismo*. No se atreven á combatirlo de frente, porque pudieran ser sepultados en las ruinas los mismos que lo quisieran derribar. Pero cuando se pongan al frente de los negocios *ministros superiores á las supersticiones del vulgo*, es decir, ateistas ó deistas, estos trabajarán *sordamente para disminuir el número de los frailes*, y señaladamente de los mendicantes. Este es siempre, como hemos observado ya otras veces, su punto fundamental. Quitados los *frailes*, irá *disminuyéndose la fe* en el pueblo, y se hará *menos supersticioso*. Entonces los príncipes podrán *disponer á su gusto de los obispos, y perecerá el poder del Papa*. Perfecciónese, si se quiere, este sistema con las notas arriba señaladas. La cosa es hecha. Una de ellas, si los lectores se acuerdan, es la invasión de los Estados pontificios que debe hacerse por el emperador¹. D'Alembert se lisonjeaba hácia el fin del año de 1781 de verla verificada en breve, ó al menos lo deseaba mucho.

de sus lectores. Sin embargo, permitasenos decir una sola palabra en que á nadie ofenderemos. Cuando tanto hablan algunos sujetos de libertad de pensar, de las oposiciones que á esto hace la superstición y el fanatismo; cuando se declama por los mismos, ya unas veces contra el ascendiente del clero sobre los pueblos, ya en otras contra la multitud de los frailes, etc., etc., ¿se oye otro lenguaje que el de los patriarcas de la incredulidad, cuyo valor se explica en las observaciones de esta utilísima obra? Creemos de buena fe que sus intenciones serán muy diversas de las de aquellos; ¿pero no podremos al menos decir que son como aquellos soberanos de quienes dice Federico, que creyendo obrar como políticos, obran sin advertirlo como filósofos? La cautela y circunspección en el hablar es muy necesaria, porque es ya visto el triunfo que aun de estos errores se promete la filosofía (*Mier y Teran*).

¹ Está demostrado por la experiencia que ya lo hizo así el filósofo « Bonaparte, y no por un ciego deseo de satisfacer su ambición, sino por un plan filosófico, que no es diverso del que descubrimos en las obras del rey de Prusia (*Mier y Teran*).

XIV.

« ¡ Ah! qué cosa tan agradable sería, escribe en 1º de » marzo de 1782 al rey de Prusia¹, que el César quisiese » *destronar á un tiempo al Papa y al gran Turco!* » Y en otra de 14 de diciembre anterior: « Yo también² creo » con vos, que no es el amor de la filosofía lo que hace » emprender al César José tantas cosas contra los frailes, » los clérigos y la corte de Roma. Soy de opinion que » estas empresas encubren mas grande objeto, que no » tardará mucho en conocerse; y á pesar de este mal de » piedra, y mi edad de 64 años, no pierdo la esperanza » de ver algun dia al emperador *un rey* verdaderamente » *de romanos*, y al sucesor de san Pedro reducido á ser » un mero obispo de Roma. *Por suma desgracia de la » filosofía, los clérigos, señor, conservan aun, fuera de » los Estados austriacos, un crédito muy perjudicial á la » luz.* »

Esto era lo que nuestro filósofo no podia llevar con paciencia³. Veia á los *obispos* mismos en los *Estados del César, ó fuese por política, ó porque se les hacia duro depender de Roma, prestarse enteramente á la voluntad imperial*, y en España, en la Italia, en la Francia misma respetarse todavía la autoridad del Papa⁴. « El santo » Padre, dice en una carta de 1º de marzo de 1782, se » consolará en las desgracias *germánicas*, con la sumisión *italiana*, con la fidelidad *española*, y con la catolicidad *francesa*; por tanto, nosotros no dejaremos tan » presto de tener el honor de ser *catolicísimos*, como ni » los Italianos el de ser *rendidísimos*, y los Españoles » *fidelísimos.* »

El viaje del Papa á Viena habia contenido algun tanto los procedimientos del emperador contra los regulares. Esto fué una nueva lanzada para el corazon de los incrédulos⁵. « Algunas cartas de Germania, dice el mismo » d'Alembert en fecha 21 de junio, y sobre todo las de » Flandes, parece que ponen en duda la entera ejecu-

¹ T. 11, p. 203. — ² T. 11, p. 197. — ³ T. 11, p. 201. — ⁴ T. 11, p. 202. — ⁵ T. 15, p. 210.

» cion del proyecto *imperial antimonástico*. Se cree que
 » despues de la entrevista del emperador con el Papa, la
 » destruccion de los conventos irá mas despacio : tanto
 » peor para él. Habria sido mejor que no hubiese hecho
 » absolutamente nada que hacer solo la mitad de lo que
 » ha prometido. Pero, Señor, lo que me interesaria mas,
 » sería que en Francia tuviésemos valor para imitar esta
 » reforma. ¡Ah! nosotros nada haremos, como lo dice
 » muy bien V. M., y con todo nuestro desprecio de los
 » clérigos y frailes, les haremos el honor de temerlos y
 » de respetarlos (d'Alembert no previó los hermosos
 » dias que nosotros estamos viendo). Hemos escrito á
 » dos manos por largo tiempo sobre esta materia las co-
 » sas mas excelentes; pero escribimos y no obramos.
 » Los otros obran y no escriben. Nosotros trabajamos en
 » este asunto, como si escribiésemos sobre guerra ó
 » música. Escaramuceamos con libros, y luego dejamos
 » las cosas en el mismo estado.»

Este era tambien el objeto de las quejas del rey de Prusia, al paso mismo que por otra parte seguia el ejemplo de la Francia, de la España y de la Italia, y no el de la Alemania; y mientras ¹ *el emperador destruía conventos, él reedificaba las iglesias católicas que habían sido quemadas, y dejaba á cada uno la libertad de pensar á su modo*. Hé aquí como se explica en una carta de 5 de julio del mismo año ²: « El emperador » continúa sin interrupcion sus secularizaciones. Parece » que los conventos ricos tienen la preferencia sobre » los mendicantes. No se toca á estos últimos, cuya re- » forma parece que debiera preferirse, por exigirla el » bien público. Dudo mucho que en Francia se imite al » augusto César de Alemania, á no ser que vuestro ad- » ministrador general de rentas haya agotado todos los » recursos de su industria para procurar fondos al go- » bierno. Entre nosotros cada uno queda como estaba, » porque *yo respeto los derechos de posesion sobre los » cuales está fundada toda sociedad*. » ¡Oh! ¡á cuántas útiles reflexiones pudiera dar margen este dicho del rey filósofo! Merecía en verdad ser esculpido en diamante

¹ T. 12, p. 15. — ² T. 12, p. 24.

con caractéres de oro, y colocado sobre la puerta de todos los gabinetes de la filosofía de estos tiempos. Pero entonces ella acabaria por nuestros mismos pseudo-políticos pensadores. La propiedad del clero gozaria de inmunidad, y esto es cabalmente lo que ellos no quieren de modo alguno ¹. El Rey de Prusia en esta parte es abandonado de todos ellos, porque habla aquí y obra segun un juicio recto, y su humanísimo corazón. Federico será siempre, tanto en la práctica como en la teórica, quien mas los condene. De esto tenemos una prueba en la respuesta que dió en cierta ocasion á Voltaire. Hubiera querido este poder inducir á Federico á saquear el Estado pontificio: *Y ¡ojalá!*, le escribia, *que el Papa tuviese algunos Estados inmediatos á los de V. M. **, y que no os cogiese tan distante la casa de Loreto! Federico comprendió luego á luego lo que queria decir con esta insinuacion aquel hombre infame, y enojado le contestó de un modo bien mortificante: « Aunque Loreto estuviese lindando con mi viña, ciertamente no lo tocaria. Los tesoros de alhajas, joyas, etc. podrán seducir á los Mandrins, Confans, Turpin, » Richelieus.... No conviene dar un escándalo **.»

¹ Sobre la propiedad de los bienes del clero merece leerse un pequeño *Opúsculo* en 8º, impreso en Roma por el R. P. Miguel Augusti, Olivetano, lector de sagrada teología en el monasterio de Santa Francisca Romana, titulado: *De la propiedad de los bienes del clero*; con el siguiente epígrafe tomado de Séneca (*de Benef.*, l. 7, c. 4): *Ad Reges potestas pertinet, ad singulos proprietas*. Será difícil encontrar quien haya dicho sobre esta materia tan buenas cosas en tan pocas páginas, y tan justas, tan conformes á razon, como concluyentes: no podremos nunca jamás persuadir bastante la lectura de un opúsculo tan interesante á todos los que desean en esta parte decidirse sin pasion por la verdad.

* Si con Federico no tuvieron influjo las insinuaciones de los filósofos, lograron todo su efecto con Bonaparte, hijo primogénito de la filosofía, que les llenó en este punto todas las medidas.

** ¡Qué leccion tan humillante para un Talleyrand d'Autun, un Carlos Lameth, un Conde de Mirabeau, un Thouret, un Camus, y tantos otros héroes de la asamblea depredatoria de Paris! ¡Y qué oprobio para nuestros legisladores constitucionales, que con tanto celo filosófico mandaban recoger la plata y alhajas de las iglesias, ermitas y santuarios en sus últimas sesiones! Tocaban ya á rebato,

D'Alembert convino con el rey de Prusia, que *debia desaprobarse el partido*¹ *que el César seguia, de reservar á los mendicantes, que son los vampiros de los pueblos y del Estado.* «Convendria, dice, destruir igualmente á los ociosos opulentos, y á los ociosos mendicantes.» Si d'Alembert viviese aun, tuviera el consuelo de ver que la Francia siguió exactamente sus consejos. Pero él no habria podido llegar á prometerse tanto en el año de 1783. Véase lo que dice en carta de 28 de abril, que es la última de las contenidas en *las obras del rey de Prusia*, y con la cual daremos fin á la presente obra. «El César José continúa, segun parece, en mortificar á la Corte sacerdotal. Es seguro que este ejemplo no será seguido en Francia, donde los eclesiásticos, aunque odiados y despreciados del gobierno, conservan no obstante un grande crédito, porque se tiene la debilidad de temerlos.» Los decretos de la Asamblea nacional de los Franceses nos prueban, que por suma desgracia de la Iglesia, y no menos desastroso triunfo de la filosofía, la prediccion de *d'Alembert* no se ha cumplido, antes sí que ha superado los ejemplos del emperador José II, y llevado los proyectos de los incrédulos á un término que habrá que llorar por muchos siglos. ¡Ojalá que no hubiesen extendido sus estragos á los demás reinos!

y les convenia pillar cada uno lo que pudiese. Estos hombres en todas partes han sido siempre los mismos.

El fin primario de los incrédulos es el destruir la Religion cristiana, especialmente la católica: de esto nadie duda, y hemos visto que los mismos incrédulos convienen en ello francamente.

Entre los medios para llegar á este fin no han sabido, ni creido hallar otros mas eficaces, que los de *destruir todos los órdenes regulares, y despojar á la Iglesia* de todas sus propiedades, haciendo de sus ministros unos estipendiarios, ó asalariados por los gobiernos, valiéndose de sus bienes para pagar la deuda de la nación, disminuir el número de los obispos, y hacerles independientes del romano Pontífice. Este es, en términos expresos, el proyecto del rey de Prusia.

¹ T. 15, p. 215.

Ya que hemos tocado como con la mano, y oído de boca de los mismos impíos en la precedente obra los *Proyectos de los Incrédulos* en la extincion de las órdenes regulares, y secularizacion ó usurpacion de las rentas eclesiásticas, no nos hemos podido negar al placer de presentar á nuestros lectores el opúsculo verdaderamente de oro, que se cita en la última nota de dicha obra, intimamente persuadidos de que no se arrepentirán de su lectura. «Todo elogio, decian de él los eruditos diaristas romanos (7 de agosto de 1790), es inferior á su mérito, ya se atiende á la fuerza de las razones, ya al método matemático con que están espuestas, ya á la concision y claridad con que las expresa.» Se ha clamado tanto en estos últimos tiempos por los regeneradores políticos contra los bienes de la Iglesia; se ha hecho tanto ruido sobre la autoridad de las potestades sobre ellos; se ha alucinado á tantos inocentes con las voces mágicas del *bien público, pureza del culto, dominio eminente* de las naciones; se han hecho servir tan descaradamente los principios de la falsa política á la obra del filosofismo; se han llegado á mirar con tan poco aprecio los del derecho canónico de la santa Iglesia.... ¿*Quid non mortalia pectora cogis, auri sacra fames?* que ha sido preciso á los hombres verdaderamente políticos y religiosos dejar á un lado los argumentos tomados de las fuentes de la tradicion y de la Religion cristiana, y valerse de las mismas armas de la filosofía para combatir á estos hijos espurios, y juzgándolos por su misma boca, hacer ver la injusticia, y las miras de depredacion y de destruccion á que aspiran. Esto es lo que entre otros ha hecho el Padre Miguel Augusti, Olivetano, natural de Sinigaglia, lector de sagrada teología en el monasterio de Santa Francisca Romana, en la capital del mundo, tan conocido en la república de las letras por sus *Observaciones físicas sobre los terremotos*, publicadas en Bolonia, y la aplaudida *Relacion* de los de la Calabria, como por el inestimable librito de: *la Libertad é igualdad de los hombres en el orden natural y civil*; y las *Reflexiones sobre la Memoria enviada por un Italiano* (Mons. Ricci, obispo de Pistoya) *á Francia acerca de las diferencias ocurrentes entre el clero y la Asamblea nacional*, 1792, 8. — La brevedad á que nos estrecha el volumen de este tomo nos impide anticipar un resumen de tan apreciable opúsculo; y por otra parte seria imprudencia extenderse en el anuncio de una obra, y luego ser breve en ella misma.